APOSTOLADO DE LA PRENSA

Propaganda gratuita de buenas lecturas para el pueblo.

EL PORQUÉ DE LA RELIGION

I

ENERO—1892

BL48
P67
1892
c.1

Guillermo Herrero y Compañía, Libreros-Editores.—Méjico.

BL48
P67
1892
c.1

1080024728

EL APOSTOLADO DE LA PRENSA

I

(TERCERA EDICIÓN)

EL PORQUÉ DE LA RELIGIÓN

MADRID
IMP. DE LA SOC. EDIT. DE SAN FRANCISCO DE SALES
Flor Baja, 22.— Teléfono 3181.

1892

BL48
P67
1892

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

125262

AL LECTOR AMIGO Ó ENEMIGO

LLEGA á tus manos, lector curioso, que lo serás de fijo, este librejo como llegarán otros del mismo corte y estilo, con la rara casualidad de que el libro te ha buscado á ti, al revés de lo que suele suceder, y con la más rara aún de que te busca y se te entra por las puertas sin que te pida los cuartos; que estos libros se dan y no se venden. ¡Libros más raros, curiosos, y sobre todo baratos, no se han visto desde que existen letras en el mundo!

Tú, que la echarás, y con razón, de listo y de ladino, al ver tan inusitada generosidad habrás dicho para tu blusa, chaqueta, capote ó lo que gastes: ¡Aquí debe haber una mano oculta! Claro que sí. La mano oculta del que por ilustrarte y enseñarte lo que ignoras y saber debías, paga el libro y sus accesorios; porque aún, por desdicha, no hemos progresado tanto que los libros lluevan desde el cielo, ni te los regalen por tu bella cara papeleros é impresores.

Hay, pues, y lo confesamos sin miedo á la policía secreta, una mano oculta: no la temas. Es una mano oculta que da, al revés de tantas manos ocultas y manifiestas que piden, ó algo más; y como esa mano anónima debía llamarse de algún modo, ha querido bautizarse á sí propia con el nombre de *Apostolado de la Prensa.*

Y al oir eso de *Apostolado*, lector benévolo, no tuerzas el gesto ni me frunzas el ceño, ni te figures que este libro, que quiere ser tu amigo del alma, viene con sus sermoneos y beaterías á meterte en los quintos infiernos; que no viene sino á sacarte de ellos, porque, prescindiendo de otros, un infierno paréceme que traes tú en el corazón con sus pasiones, y otro en tu cabeza con sus enrevesadas y tenebrosas ideas.

Por otra parte, ¿por qué te alarmas al oir hablar de Apostolados? Pues qué, ¿hoy no abundan los apóstoles más que el hambre y las contribuciones? ¿Y no oyes hablar de apóstoles de la idea.... apóstoles de la libertad.... apóstoles del socialismo...? Y desde San Pedro, que lo fué de veras, hasta el infatigable sacamuelas que hace abrir á la embaucada gente tamaña boca con su sempiterno cotorreo, ¿no son todos apóstoles? Sólo que, lector querido, la mayor parte de tales apóstoles lo son á lo Judas, que también lo fué, pero mal Apóstol y buen ladrón.

—¿Y qué quiere de mí, me dirás entre curioso y suspicaz, este nuevo Apostolado? ¿Engatusarme, como tantos otros, prometerme el oro y el moro, y al fin y á la postre engañarme, sacarme los cuartos y dejarme tan... sabio como estaba antes, con unos cuantos reales de menos en el bolsillo y unas cuantas mentiras más en la cabeza? No, escarmentado lector; este nuevo Apostolado nada te pide y nada te promete, y ya ves si somos francos: no pretende más que enseñarte cosas grandes, buenas, y sobre todo necesarias; que mira que, aunque estás en el siglo de las luces, andas tan á obscuras en lo más importante, que tal vez creas, por ejemplo, que sólo te diferencias de tu burro en que *por casualidad* tú andas en dos pies y comes pan, cuando lo tienes, y él gusta más de ir á cuatro patas, y prefiere la paja al pavo trufado. ¡Cuestión de gustos y nada más!

¿Y cómo te va á ilustrar? Por medio de la verdad. ¿Y dónde está, y qué es la verdad? Diras tú como Pilatos: si todos los que me hablan ó para mí escriben me vienen siempre con la misma cantilena. No te impacientes ni tengas tanta prisa. La verdad la verás por ti mismo si lees estos libritos; que para que veas la verdad te dió Dios ojos en la cara y sal en la mollera: para no dejarte embaucar por farsantes y saltimbanquis, y para que sepas distinguir al Apóstol de la verdad del parlanchín de club y de plazuela, y al que busca tu bien temporal y eterno, de quien sólo pretende medrar á costa tuya.

Sólo te pedimos que leas. ¿Es mucho pedir? ¿Por qué? ¿Porque te hablaremos de

cosas buenas, y jamás te aconsejaremos que seas borracho, jugador, ladrón, incendiario, blasfemo ó lujurioso? Pues, ¿no eres tú de los que dicen que hay que saber de todo, lo cual, entre paréntesis, es insigne majadería, igual á decir que hay que comer de todo, veneno inclusive, ó si te parece mejor, paja y cebada? Quedamos en que sí vas á leer, pero sin prevenciones ni suspicacias, y ya verás cómo nos entendemos; y si deseas ver la verdad, la verás, si ya no eres tonto de remate, ó, lo que es todavía peor, ciego voluntario.

Una advertencia para ti, ¡oh pueblo querido!, y para todos. El *Apostolado de la Prensa* no es una asociación de solos escritores. En él caben desde la viejecita que sólo sabe rezar, hasta el sabio académico que quiera descender de sus alturas y escribir en lenguaje siempre digno pero popular, cosas buenas para el pueblo; no es tampoco asociación de ricos; que sin serlo se puede ayudar á llevar las doctrinas del bien y la verdad al pueblo hambriento de verdad y falto de luz; tampoco es una empresa. ¡Bonito negocio trabajar mucho y dar encima dinero!

—¿Qué es, pues, el tal Apostolado? Una reunión de personas de buena voluntad, de propagandistas cristianos que se limitarán, sobre todo, á difundir lo mucho y bueno que hay escrito, y tú quizá no conozcas, y á acomodar eso mismo, ¡oh amado lector!, á tu gusto y paladar, amigo de pimientas y de salsas picantes. Aquí se pondrán las que

se puedan, sin que dañen, por supuesto, á la salud.

Y como tampoco somos una Asociación de plagiarios que te queramos dar gato por liebre, ni darnos pisto de autores sin tener garbo para ello, desde ahora te advertimos que siempre que en justicia y según ley podamos, nos entraremos por libros ajenos como por casa propia, procurando decírtelo para que á cada uno se le dé lo que le corresponda.

Y aquí acabo con las siguientes reflexiones, que son demasiado buenas para ser mías. Fíjate en ellas, y sea el compendio de todo lo que á mí no se me ha ocurrido decirte. Te habla el libro que te regalamos como aguinaldo.

Puede que alguna vez, ¡oh lector!, te fastidies sin saber en qué matar el tiempo que te dejan libre tus ocupaciones, ó en la larga velada de invierno, ó en la pesada tarde de verano, ó en el día de mal humor, ó en las horas monótonas de viaje....

Oyeme, pues; para tales casos me ofrezco á ser tu amigo y á darte, si no sabia, á lo menos cariñosa y provechosísima conversación. Tráeme en el bolsillo aunque sea entre los fósforos y la petaca. Tenme en tu taller aunque sea revuelto entre las herramientas del oficio. Concédeme un rincón en tu hogar aunque sea entre los cacharros de la cocina. Y con tus amigos y tu familia ríete de mí, y búrlate y critícame, y muérdeme y desuéllame.... con tal que me oigas.

Quizá un día, lector ó lectora, pobre ó rico, rudo ó sabio, niño ó viejo, quizá algún día.... no te duela, sino que te alegre ó regocije el alma el que te haya hablado yo de lo que verás si me lees.

I

Un poquito de palique.

Está muy bien; ¡la Religión! Es una palabra muy bonita; pero, ¿qué quiere V. que haga yo con eso?

—Hombre, me alegro muchísimo de que hayas hecho esa pregunta, porque, ó no has de tener ni pizca de lógica, ó en Dios y en mi ánima te aseguro que no te has de escapar sin sacarle algún provecho á la preguntilla.

—Le aviso á V. que casualmnnte hoy estoy muy ocupado; conque hágame V. el favor de no predicarme sermoncitos, pues bastantes y muy sobrados tengo yo con los de mi suegra.

—Por fuerza tendrás muy graves ocupaciones, á pesar de ser día de los Santos Reyes; vamos, ¿qué es lo que tienes que hacer